

ISSN 0120-0216



aleph



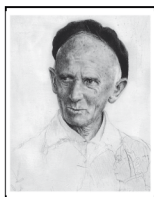
julio/septiembre 2013, año XLVII

No. 166



ISSN 0120-0216

Resolución No. 00781 Mingobierno



Carátula:

Dibujo/retrato en homenaje a Fernando González.

Autor: Daniel Gómez-Henao.

Consejo Editorial

Luciano Mora-Osejo

Valentina Marulanda (s)

Heriberto Santacruz-Ibarra

Lia Master

Jorge-Eduardo Hurtado G.

Marta-Cecilia Betancur G.

Carlos-Alberto Ospina H.

Carlos-Enrique Ruiz

Director

Carlos-Enrique Ruiz

Tel-Fax: +57.6.8864085

<http://www.revistaaleph.com.co>

E-mail: aleph@une.net.co

Carrera 17 N° 71-87

Manizales, Colombia, S.A.

Impresión: Jerónimo y Gregorio Matijasevic,
Arte Nuevo, Manizales, Col.

Diagramación: Andrea Betancourt G.

julio/septiembre 2013

aleph

Año XLVII

Fernando González, un pensador en contravía

Luis-Javier Villegas B.



Fernando González, nacido en Envigado en 1895, inició sus estudios cuando apenas concluía la larga y sangrienta guerra de los mil días, que cerró el lamentable ciclo de guerras civiles durante el siglo diecinueve. Antioquia salía victoriosa de esa contienda pues había sido baluarte del partido gobernante, el triunfador. Con entusiasmo varios comerciantes y empresarios se lanzaron a fundar industrias en Medellín y municipios vecinos, aprovechando tanto los recursos monetarios acumulados en la exportación de oro y café como la mano de obra capacitada, primordialmente en instituciones como la Escuela de Minas o la Escuela de Artes y Oficios, y en menor medida en establecimientos fabriles existentes desde el siglo precedente. La antigua villa avanzaba lentamente en el paso de aldea a ciudad, al disponer de energía eléctrica, para el alumbrado público y privado y en menor escala para la industria naciente, planta de teléfonos y los primeros automóviles; pronto vería ampliar y modernizar las redes de acueducto y tender los rieles para el tranvía.

El joven alumno tuvo su primer choque con esa sociedad cuando estaba por concluir sus estudios secundarios en el colegio San Ignacio, dirigido por los jesuitas. En efecto, en el curso de filosofía se enfrentó a su profesor, un sacerdote que le exigía admitir el llamado primer principio de la filosofía escolástica tradicional: “si quiere niegue a Dios, le decía, pero tiene que admitir el primer principio”. El joven Fernando, que ya había iniciado lecturas de autores como Nietzsche y Schopenhauer, no autorizados en el colegio, optó por retirarse antes que ceder ante una autoridad que como único argumento reafirmaba una tradición ya superada.

Comenzó entonces su carrera de escritor y pensador independiente. Concluyó por su cuenta el bachillerato e ingresó a la Universidad de Antioquia para realizar sus estudios de derecho. De estos años datan sus obras *El payaso interior* (editada por primera vez en 2005 por la editorial de la Universidad Eafit en su colección Rescates), *Una tesis* (su trabajo de grado, al que el autor había puesto por título *El derecho a no obedecer*, pero debió modificarlo por exigencias del jurado, temeroso de las reacciones previsibles del clero y los sectores tradicionales de ambos partidos) y *Pensamientos de un viejo*. Este fue prologado por el ya veterano periodista don Fidel Cano, él mismo víctima, al igual que su periódico *El Espectador*, de múltiples cierres y hostigamientos, y quien veía en ese joven escritor una mente abierta, crítica e incisiva, y al cual, en compañía de otros jóvenes rebeldes reunidos en el grupo de Los Panidas, había abierto las páginas de su periódico.

Una vez graduado de abogado se enfrentó Fernando González a la necesidad de conseguir empleo. Ejerció como juez en diferentes lugares y contrajo matrimonio con doña Margarita Restrepo, hija del doctor Carlos E. Restrepo quien había sido presidente de la República entre 1910 y 1914. Vino entonces una época de poca producción literaria, embebido en las labores de levantar una familia. Con todo su espíritu crítico y rebelde contra una sociedad tradicionalista no se extinguió, como lo refleja la simpática anécdota del fallo a una demanda acerca de una herencia dejada al Niño Jesús de Praga y a las Ánimas del Purgatorio, en la que pidió que al primero se le entregara cuando llegara a la mayoría de edad y a éstas les pidió que acreditaran su personería jurídica.

Trascurrido casi un decenio de ejercicio profesional, emprendió con su amigo don Benjamín Correa, secretario del juzgado en que entonces despa-

chaba en Medellín, un recorrido por el sur del Antioquia y por Caldas. En su obra *Viaje a pie* recoge las vivencias y reflexiones que los dos “filósofos aficionados”, como dice, realizaron en ese recorrido por la ruta de los viejos colonizadores, desde Medellín hasta Manizales. Grande fue el impacto de esa obra, leída con entusiasmo por la intelectualidad antioqueña. Don Tomás Carrasquilla, ya anciano y consagrado, lo felicitó por su fuerza narrativa y le sugirió, en vano, que suprimiera de sus obras expresiones vulgares para que pudiera ser leído por las jóvenes.

En los años siguientes Fernando González se entregó con frenesí a la escritura, en sus libretas que él llamaba de carnicero, en las que iba anotando lo que veía, oía y pensaba, para luego en la soledad de su estudio redactar. Así fueron surgiendo *Mi Simón Bolívar*, obra con la que quiso ensalzar al Libertador en el centenario de su muerte. Allí elabora conceptos ya planteados desde sus obras juveniles y en *Viaje a pie*, como el de egoencia y su contrario, el complejo de ilegitimidad. Fue esa la primera de las tres obras biográficas que escribió, con una perspectiva muy propia de lo que era ese género histórico. Si bien se documentaba con cuidado, llegando al caso de retirarse por largos meses de su familia y de toda ocupación para entregarse a la escritura, su interés no era pintar al personaje como había sido o como los documentos lo reflejaban, forma dominante de la biografía tradicional de los académicos de quienes hacía mofa por su erudición aséptica, sino mostrar el personaje que él se figuraba. La presunta objetividad lo tenía sin cuidado; sus biografías eran subjetivas al máximo. Así lo dice el posesivo “mi” antepuesto a Bolívar a al compadre Juan Vicente Gómez. La tercera obra biográfica, *Santander*, es la antítesis de la dedicada a Bolívar. La escribió diez años después, con motivo del centenario de la muerte del *Hombre de las leyes*, para minimizar a este héroe nacional, a quien describe como hipócrita y mezquino. Si su obra sobre el dictador Juan Vicente Gómez le había ganado numerosas antipatías entre la intelectualidad del país, y especialmente de la prensa bogotana, la tasa se llenó con esa diatriba furibunda contra Santander, en pleno gobierno liberal de Eduardo Santos.

Durante los años treinta publicó obras como *Don Mirócles*, burla despiadada a la avaricia y cicatería de los ricos empresarios medellinenses y a la sociedad dominada por el clero y la hipocresía; *Los Negroides*, pequeño pero denso libro en el que criticó el complejo de ilegitimidad del pueblo colombiano y en especial de sus dirigentes por su afán de imitar a los ex-

tranjeros, a la vez que fustigó a los gobernantes liberales, Olaya especialmente, por vendepatrias, dada la entrega del petróleo y recursos minerales a las compañías norteamericanas; *Cartas a Estanislao*, reflexiones sobre temas varios, como política, literatura y filosofía, dirigidas a su amigo Estanislao Zuleta, cuyo hijo homónimo sería a su vez un pensador destacado y alejado de los caminos trillados; *El Remordimiento*, que denominó tratado de teología moral, y *El Hermafrodita Dormido*, que recogió sus conceptos sobre arte. Las dos últimas obras son fruto de su estadía como cónsul en Génova, primero, y luego en Marsella, a donde fue trasladado por sus opiniones adversas al gobierno de Mussolini. Cabe anotar que estos cargos le habían sido otorgados por el gobierno liberal debido a la influencia de su suegro, quien, a pesar de militar en el conservatismo, ocupaba el cargo de ministro de gobierno del liberal Enrique Olaya Herrera.

Su afán por criticar la manera de ser y de pensar de sus compatriotas lo llevó a fundar la *Revista Antioquia*, que él escribía por completo, editaba y distribuía. Fueron en total 17 números, entre 1936 y 1945. Allí aparecieron, al lado de columnas sobre temas de actualidad política, relatos más largos, algunos de los cuales después de su muerte aparecieron como libros: *Salomé*, sobre el amor y la primavera, o *Don Benjamín jesuita predicador*, o *Poncio Pilatos envigadeño*, sobre la semana santa en su pueblo natal, muestran al hábil narrador y agudo observador. La revista fue perdiendo lectores y su aparición se iba espaciando cada vez más, pues las críticas duras a los dirigentes políticos, eclesiásticos, económicos y a todo el que tenía figuración le fueron cerrando las puertas para su financiación y las suscripciones a su vez fueron desapareciendo.

Así Fernando González se fue sumiendo en la soledad y el resentimiento. Fruto de esa amarga época fue uno de sus libros más duros de crítica social y política, el *Maestro de Escuela*, grito desgarrado de un luchador que se declara derrotado y sometido al ostracismo por su rebeldía, y que, en su desespero, pues hasta el sustento para su familia le es negado, dijo –lo que por supuesto no cumplió– que abjuraría de su rebeldía y acataría toda autoridad. El efecto real fue su silencio por más de quince años, luego de un decenio de febril producción literaria. Esa obra se la dedicó a Thornton Wilder, quien admiraba la escritura de Fernando González. Años más tarde el escritor norteamericano encabezó un grupo de intelectuales que postuló a González para el premio Nobel de Literatura. Nuestros académicos de la

lengua, entidad que entonces presidía el jesuita antioqueño Félix Restrepo, al igual que otros intelectuales, se negaron a respaldar la postulación.

Se refugió entonces en *Otraparte*, su casa campestre en las afueras de Envigado, donde se ocupó en el cultivo de sus árboles, el ordeño de una vaca, y caminatas por los senderos vecinos. En compañía de su esposa, a quien en sus libros llamara Berenguela, fue envejeciendo en la soledad impuesta y al cabo amada.

Ya en sus últimos años rompió su silencio y a instancias de algunos jóvenes lectores dio a la imprenta dos obras: *El libro de los viajes o de las presencias*, y *La tragicomedia del padre Elías y Martina la velera*, obras estas de gran contenido espiritual y de reflexión interior, que culminaban esa búsqueda de la Intimidad, iniciada casi cincuenta años atrás en sus *Pensamientos de un viejo*. La acogida de ellas no fue la que sus amigos esperaban; de nuevo cayeron críticas sobre él, pues a sus tradicionales contradictores se unían ahora quienes desde una perspectiva entonces extendida en sectores universitarios le reprochaban el haber desperdiciado en temas intimistas su talento y habilidad como narrador, en vez de abordar los graves problemas sociales y políticos del país, en especial el de la Violencia.

Sus últimos años, hasta su deceso en 1964, los pasó en su retiro, con la amistad de un monje benedictino, el padre Ripol, residente en una abadía cercana a su finca y con quien sostuvo una intensa correspondencia, con grandes efusiones espirituales, que por fortuna su destinatario conservó y publicó luego bajo el título *Las cartas de Ripol*.

Dejó Fernando González un amplio legado literario, mensaje que él reconocía no era para los lectores de su tiempo, pues decía ser, como su admirado Sócrates, un tábano que fustigaba a cuantos se creían dueños y señores de la sociedad y del saber. Pero aspiraba a que los jóvenes y los por venir encontrarían en su lectura un acicate para llenarse de egoencia y vivir una existencia auténtica.

Fue Fernando González se puso como tarea desenmascarar hipócritas y demoler pedestales. Ello lo llevó a vivir a la enemiga, lo que le implicó convertirse en un solitario, pues sus burlas y críticas no eran del agrado de los poderosos y herían el amor propio de los vanidosos. Su único compromiso era con lo que él consideraba la verdad y la autoexpresión.